

LITERATURA

ODA AL ÁTOMO

PABLO NERUDA

Pequeñísima
estrella,
parecías
para siempre
enterrada
en el metal: oculto,
tu diabólico
fuego.
Un día
golpearon
en la puerta
minúscula:
era el hombre.
Con una
descarga
te desencadenaron,
viste el mundo
saliste
por el día,
recorriste
ciudades,
tu gran fulgor llegaba
a iluminar las vidas,
eras
una fruta terrible,
de eléctrica hermosura,
venías
a apresurar las llamas
del estío,
y entonces
llegó
armado
con anteojos de tigre
y armadura,
con camisa cuadrada,
sulfúricos bigotes,
cola de puerco espín,
llegó el guerrero
y te sedujo:
duerme,

te dijo,
enróllate,
átomo, te pareces
a un dios griego,
a una primaveral
modista de París,
acuéstate
en mi uña,
entra en esta cajita,
y entonces
el guerrero
te guardó en su chaleco
como si fueras sólo
píldora
norteamericana,
y viajó por el mundo
dejándote caer
en Hiroshima.

Despertamos.

La aurora
se había consumido.
Todos los pájaros
cayeron calcinados.
Un olor
de ataúd,
gas de las tumbas,
tronó por los espacios.
Subió horrenda
la forma del castigo
sobrehumano,
hongo sangriento, cúpula,
humareda,
espada
del infierno.
Subió quemante el aire
y se esparció la muerte
en ondas paralelas,
alcanzando

a la madre dormida
con su niño,
al pescador del río
y a los peces,
a la panadería
y a los panes,
al ingeniero
y a sus edificios,
todo
fue polvo
que mordía,
aire
asesino.

La ciudad
desmoronó sus últimos alvéolos,
cayó, cayó de pronto,
derribada,
podrida,
los hombres
fueron súbitos leprosos,
tomaban
la mano de sus hijos
y la pequeña mano
se quedaba en sus manos.
Así, de tu refugio,
del secreto
manto de piedra
en que el fuego dormía
te sacaron,
chispa enceguecedora,
luz rabiosa,
a destruir las vidas,
a perseguir lejanas existencias,
bajo el mar,
en el aire,
en las arenas,
en el último
recodo de los puertos,
a borrar

las semillas,
 a asesinar los gérmenes,
 a impedir la corola,
 te destinaron, átomo,
 a dejar arrasadas
 las naciones,
 a convertir el amor en negra pústula,
 a quemar amontonados corazones
 y aniquilar la sangre.

Oh chispa loca,
 vuelve
 a tu mortaja,
 entiérrate
 en tus mantos minerales,
 vuelve a ser piedra ciega,
 desoye a los bandidos,
 colabora
 tú, con la vida, con la agricultura,
 suplanta los motores,
 eleva la energía,
 fecunda los planetas.
 Ya no tienes
 secreto,
 camina
 entre los hombres
 sin máscara
 terrible,
 apresurando el paso
 y extendiendo
 los pasos de los frutos,

separando
 montañas,
 enderezando ríos,
 fecundando,
 átomo,
 desbordada
 copa
 cósmica,
 vuelve
 a la paz del racimo,
 a la velocidad de la alegría,
 vuelve al recinto
 de la naturaleza,
 ponte a nuestro servicio,
 y en vez de las cenizas
 mortales
 de tu máscara,
 en vez de los infiernos desatados
 de tu cólera,
 en vez de la amenaza
 de tu terrible claridad, entréganos
 tu sobrecogedora
 rebeldía
 para los cereales,
 tu magnetismo desencadenado
 para fundar la paz entre los hombres,
 y así no será infierno
 tu luz deslumbradora,
 sino felicidad,
 matutina esperanza,
 contribución terrestre.

